

## Monseñor Félix Henao Botero

Por Jaime Sanín Echeverri

Es un lugar común comparar al maestro con el sembrador. La propia palabra cultura fue lo que hoy decimos agricultura. El educador y el labriego parten del aparente desorden de la naturaleza en las mentes y en los suelos. Difícilmente limpian prejuicios y malezas. Trazan surcos. Inclínados en acto amoroso, el uno deposita palabras y el otro semillas. Han de estarlas librando día a día de la tendencia a retornar al estado selvático. Han de eliminar, sin lastimar las débiles ideas y plantas nacientes, los robustos herbajos de en torno, los parásitos visibles e invisibles, y estar mirando al cielo para que envíe la llovizna que vivifique y no el aguacero que inunde, al sol para que dé calor sin agostar, al viento para que refresque y no derribe. Un día el agricultor hinche sus graneros con la multiplicación de sus semillas, milagro no menor, como observa San Agustín, del mismo que multiplicó los panes y los peces. El maestro, en cambio, en lugar de recoger, ha dispersado su cosecha. La palabra seminal se ha mezclado con otras y producido frases que él no dijo, ojalá mejores que las dichas. En el molino de cada cerebro, las antiguas proposiciones oídas han sido transformadas, frecuentemente superadas. La imagen del maestro, desdibujada en la bruma del recuerdo, muchas veces aparece menguada y falsa. Desengañémonos, colegas. No somos tales sembradores. Hemos esperado veinte, treinta veces más que ellos, pero nuestra semilla eran palabras y las palabras las lleva el viento. ¿Qué podemos cortar hoy que sea nuestro? Nos hemos dado, es cierto, pero no para que otros se nos den, sino en la esperanza de que sean más ellos y más que nosotros. No tenemos trojas para la vendimia. No hemos sido sembradores sino semillas, que con la otra parábola, han de podrirse y deshacerse y desaparecer para que nazca y crezca y fructifique el árbol. Nuevos bautistas, sobre nuestras cabezas desgajadas ha de crecer el Verbo.

Estamos aquí frente a un caso maravilloso de abnegación. Es cierto que tiene títulos como el de Rector Magnífico y el de Protono-

---

NOTA — Discurso leído por su autor en el Banquete ofrecido al Señor Rector de la Universidad Pontificia Bolivariana en el Club de Profesionales.

tario Apostólico y exhibe de vez en cuando galas de violeta, y pontifica talvez. La Iglesia y la ciencia lo cuentan entre sus figuras más señeras. La universidad que ha regido por un cuarto de siglo lo tiene al lado de su fundador, uno de cuyos grandiosos aciertos fue el de señalarlo.

Lo recuerdo muy bien. Si había hombre insustituible era Monseñor Manuel José Sierra. Nadie como él, tan firme, tan fuerte, tan maduro. De la rebeldía juvenil había hecho una universidad. Con un fiat había creado orden, ciencia, mística. Los profesores, los alumnos, la comunidad tenían en él a un adalid. Moisés de hogaño, hacía brotar los recursos económicos de la roca dura. Poseía una visión del futuro tan diáfana como para sus compatriotas no era la del presente, voluntad capaz de domeñar la naturaleza, elocuencia invencible, dialéctica implacable, perseverancia sin fatiga. En él la acción y la idea eran una. Filosofaba urbanizando. Alumbraba la inteligencia y la noche con lampos de saber. A su magnetismo todos éramos partículas incapaces de disgregarnos.

Y un día cualquiera, el día menos pensado, cuando su mayor obra todavía no se había desprendido de su dedo creador, con cinco años de azar, lo llama Dios para que supiéramos que la Universidad era suya, y los hombres de Dios sus meros instrumentos. Miopes, veíamos agonizar la Universidad en la respiración fatigada del fundador. Hizo venir hasta su lecho al Padre Miguel Giraldo, fundador de las Escuelas Populares Eucarísticas, profesor de la Universidad, predicador de las mejores homilias, sabio en pastoral, dueño de claras virtudes sacerdotales, humilde, compasivo, afamado. Dialogaron a solas. Todos supimos que le había entregado un sobre cerrado en el cual se contenía el nombre, destinado al Arzobispo Salazar, de quien Sierra consideraba que debía ser el rector. Dedujimos todos ligeramente que era el propio Padre Miguel Giraldo Salazar.

Abierto el sobre, muerto ya el Rector, apareció el nombre de Félix Henao Botero. No hubo rebeldía, pero era tan abrumadora la pena por la ausencia de Sierra que un frío escepticismo se esparció por entre los mejores amigos e hijos de la Universidad.

Imposible intentar siquiera un paralelo entre los dos rectores. Sierra tenía el carisma del mando. Fue promovido para fundador. No podríamos concebirlo siquiera en este largo, interminable servicio de la rutina. Fue separado del cargo en lo mejor de su gloria, que nunca fue la humana.

A éste, que entonces era sacerdote joven, sus colegas y sus discípulos lo mirábamos sin tanta distancia. Había estado en la Universidad desde antes de fundada la Bolivariana, y había acompañado a Sierra paso a paso, nunca como émulo, siempre como fiel servidor. En el profesorado universitario no era el relampagueante filósofo sino el llano dialogante. No tenía su pluma el estilo tajante y final, sino la verdadera gracia del literato, entrometido no siempre en las profundidades metafísicas, sino frecuentemente en los rincones caseros y aun en "temas femeninos" con ágiles lecciones éticas. En la cátedra sagrada no acostumbraba la magnificencia subyugante de la más encumbrada teología, sino profundizar en los problemas de la apologética con diáfano

sentido pastoral. Una franqueza nada principesca discurría por su par-la cotidiana. Era muy antioqueño. Su andar, nada procesional. Los mismos ornamentos litúrgicos los vestía muy a la moda en que nuestros arrieros usan, como casulla, la ruana. Hablaba recio y se carcajeaba.

Pero es que en eso está la fuerza campechana de los antioqueños. Díganlo nuestros grandes escritores que, cansados de academia reclamada, regresan siempre al habla popular. Nuestros obispos de zamarras. Los fundadores de ciudades, descalzos y cubierta la cabeza con el jipijapa. Los próceres que cubrieron siempre con el poncho sus charreteras. Es la autenticidad lo único que nos debe la república, pero lo mejor que puede tener un pueblo.

Fue entonces el gran desplegar de energías del Doctor Henao Botero. El que era un sacerdote joven entonces, toca ya la edad venerable sin que uno solo de sus esfuerzos en estos veinticinco años haya tenido objetivo distinto de su Universidad. Es bello en cualquier país y más aún en Colombia ver que el más antiguo de los servidores del claustro es su rector. Los unos fueron retirados, los otros se fueron fatigados, muchos, llamados por Dios a calificar servicios. Del menudo equipo sacerdotal escogido por Monseñor Sierra desde la fundación, este es el único que se conserva en la Universidad. Del profesorado, quizá el Doctor Alfredo Cock hubiera podido disputarle decanato, pero hace contados días terminaron los del inolvidable tratadista de derecho internacional y de derecho romano.

La Universidad es obra de muchos, sin duda. Pero quién será osado a discutirle a un rector como éste, de dedicación exclusiva de una vida, la primacía con incalculable ventaja sobre los demás hombres que la integran? Por temperamento parecería que en lugar de delegar trabajo tendiera Monseñor a absorberlo. Puede asegurarse que en los veinticinco años no ha habido decisión, aun de muy mediana importancia, que no pase por sus manos.

En la rectoría de las universidades colombianas solo uno, el ilustrísimo, no solo por título, Monseñor Castro Silva, lo precede en antigüedad. En el Consejo Nacional de Rectores, su voz y la de Mario Carvajal tienen toda la resonancia que corresponde a fundadores de la Asociación Colombiana de Universidades, ese amable foro en el que se discuten con tanta altura, con tal convivencia, los destinos culturales de la patria.

Dijo el Maestro Valencia, y es verdad, que la Universidad Bolivariana nació gigante. Pero qué pequeña la vemos hoy, a la luz de las estadísticas, por su número de alumnos, por el de graduados, por el de facultades, por el de profesores, por la nombradía y la influencia obtenida en Colombia y en el exterior, por las áreas y los metros cúbicos construidos, por las publicaciones hechas, por los servicios suyos y de sus hijos a la Iglesia, a la Patria, al desarrollo de las ciencias y de las artes, cuando la comparamos con el claustro amado, noble y diminuto a que nos cupo la honra de pertenecer hace veinticinco años, al recibir Monseñor Henao la rectoría. Obra suya es tanta diferencia y seríamos mezquinos si se lo negáramos en lo humano, que bien sabemos que ante todo es obra de Dios.

Antes de que fuera moda conciliar esta de alabar el diálogo como el método insustituible para la salvación del mundo, Henao Botero lo preconizó y lo realizó como ley suprema universitaria. Aquí sí nadie puede decir que pasó por la Universidad sin conocer al rector o que lo oyó simplemente en sus magistrales disertaciones académicas. Día a día, en el cafetín de la Universidad, en cada una de sus escuelas, dialoga en tono menor, entre gracejos, con el discípulo, con el profesor, con el lustrabotas, con el mozo que le trae los cigarrillos, con la trabajadora que asea los pisos. Eso ha sido su gran cátedra. Como sin pretenderlo, ahí ha resuelto la angustia de quienes dudan de la fe, la inestabilidad de quienes piensan abandonar sus estudios, el dolor de quienes han perdido a sus padres, la angustia de quienes han quereñado con sus novias o andan descaminados en sus costumbres. La rectoría ha mantenido siempre su puerta de par en par. Allá llegan siempre los iracundos y salen risueños. Los angustiados salen serenos. Los fríos, enfervorizados. Los tibios, apóstoles.

La palabra de Monseñor Henao, que en la tribuna pública y aun en la cátedra sagrada era medio eficaz para conducir masas, se convirtió en privilegio al alcance de cualquiera, para su uso individual, que haya querido pasar aquella puerta, sin antesalas, ni cita previa, ni secretaria que anuncie al visitante.

Por eso Monseñor Henao pertenece a la categoría de lo entrañable en esa vasta y selecta sociedad de sus discípulos, que hacen obra en todo el país. Sus deseos son norma para sus amigos. El sabe cuál es el bolivariano disponible para un empleo, y oportunamente hace el servicio de sugerirlo al empleador. Sabe en qué casas hay abrigo superfluo y, sin que nadie lo vea, viste al estudiante huérfano o pobre. El ha tenido el don del estímulo individual, y a quienes se inician en los difíciles campos del arte y de las letras, les ha reconocido su valía desde la juventud y les ha trazado claros derroteros de belleza y de servicio. Oíganlo si no la serie de excelentes escritores a quienes él llevó a sus periódicos y a sus emisoras. Porque no sé si hay en Colombia un sacerdote que, mientras pudo, haya hecho mayor apostolado en la prensa y en la radio.

Lo demás, una larga paciencia, como la requerida por el griego. Veinticinco años de rectoría no son un cuarto siglo de gloria. El gobierno de los hombres así de cercanos es más difícil que el de millones de súbditos que el príncipe no conoce ni trata. Al rector se le está juzgando cada hora con criterio exigente. Cada conversación está seguida de una sentencia, frecuentemente adversa. Por su oficio tiene que decir "no" muy a menudo, y esta expresión deja una resistencia que puede acumularse por años, si no la borran muchos "sies", muchos actos positivos en que el superior y el maestro renuncian a su yo, hasta convertirse, sin saberlo, en alguien a quien más interesan los otros, alguien que vive amorosamente muchas vidas más que la suya propia, alguien que, olvidando de sí, lleva una existencia sin posibilidades de ascenso ni de descanso, ni de riqueza, ni de estímulo, llena de triunfos en los triunfos ajenos, llena de lágrimas en los ajenos dolores.

Aparentemente hoy no es más importante Monseñor Henao Botero que hace un cuarto de siglo, cuando lo hicieron Rector; una obra

literaria que había iniciado con brillo apenas tiene cada año expresiones pasajeras en sus "Pláticas de Cuaresma". Tenía capacidad de literato indudable, pero esta gloria tuvo que cambiarla por el rudo quehacer cotidiano, que en ninguna parte queda escrito. Su profesión parecía ser el periodismo. La tentación de las letras de molde, la ilusión de estar conduciendo con una máquina de escribir las grandes masas, la cambia por este lento y profundo influir en un grupo pequeño, sin la gloria individual de su propia firma, sino en el anonimato de una institución y de un equipo de hombres, donde ya es imposible el estilo individual y la glorificación de la personalidad. Nada de las amenas tertulias ni de la moderada y grata bohemia. Quien dejó el consuelo y la tortura de los hijos va quedando, sin padres ni hermanos, abandonado a la paternidad espiritual, tan honda y tan poco sensible. La oratoria la cambia por admoniciones. El tratado de filosofía iniciado, por ocasionales discursos de circunstancias, robando escasas horas al sueño. El mismo placer de viajar, de tan moroso deleite en su juventud, ahora es flaco de hechos memorables y cargado de exigentes tareas.

Pero he aquí a un hombre cuya biografía tiene pocos metros de ámbito y muy escaso color, pero está hecha en cemento armado. En veinticinco años han ido surgiendo las escuelas. Hombres de distintas profesiones están dispersos por el país y alaban a Dios en todas las disciplinas. Ellos, quiéranlo o no, confiésenlo o no, sépanlo o no, son su obra. Influyen en los gabinetes y en los parlamentos, en las embajadas y en las industrias, en la banca y en la universidad, en el urbanismo y en el servicio social, en el foro y en el laboratorio, en el secreto del bufete y en el grito del ágora. Su pensamiento y sus obras son de la Universidad. En cada uno de ellos está la impronta de Sierra y la de Henao Botero. Hay ya segunda generación en las aulas, como la segunda suerte de los sembradores de pino, mejor que la primera. Se ha hecho iglesia por la multiplicación de los fieles en los hijos. Se ha hecho patria, se ha hecho ciencia, se ha hecho amor. Y cuánto en tantos años multiplicándolo por tantos hombres y mujeres, por sus discípulos, por sus trabajadores, por sus vecinos, por sus cónyuges, por sus hijos. Es la fortuna de quienes no pueden reducir su obra a estadística.

Señor Rector: después de veinticinco años de esconderos a trabajar, de sufrir sin quejaros, de construir sin ruido la universidad, de labrar en cada alma de vuestros discípulos una imagen de Dios y otra de Bolívar, de ser buen colega de vuestros profesores y decanos y buen camarada de vuestros discípulos, un solo título tenemos que reconocer para gloria del claustro: sois digno sucesor de Sierra.